

Observaciones crítico-lingüísticas a la teoría evolutiva del conocimiento

G. H. Hövelmann

Desde principios de los años setenta se han publicado bastantes libros sobre la teoría evolutiva del conocimiento. Konrad Lorenz, Gerhard Vollmer y Rupert Riedl son sus más influyentes autores. Sus concepciones respectivas se inscriben en la perspectiva gnoseológica del racionalismo crítico de Karl R. Popper y de Hans Albert. Una valoración crítica de sus afirmaciones fundamentales me obligan a concluir que la teoría evolutiva del conocimiento ha fracasado a la hora de explicar el conocimiento humano.

Concepciones de Lorenz, Vollmer y Riedl

Konrad Lorenz afirma que la organización de los órganos de los sentidos y del sistema nervioso central, adquirida en el proceso evolutivo de acomodación al ambiente o a la realidad dada, nos pone en disposición de obtener determinados datos del mundo externo y de responder de modo adecuado a la supervivencia. Nuestros órganos cognoscitivos han adquirido su forma actual en relación con y en adaptación a las cosas reales. El hombre debe a la evolución incluso sus facultades cognoscitivas superiores, gracias a las cuales podemos hablar y somos capaces de construir una cultura mediante la transmisión de una generación a otra del saber adquirido por los individuos.

Una considerable parte de los problemas que Lorenz plantea se fundamenta en una teoría del conocimiento orientada en Popper. No desarrolla él mismo sus intuiciones teórico-gnoseológicas, sino que las toma en gran parte preelaboradas. Fiel a la tradición del racionalismo crítico, cae completamente fuera de su consideración la diferencia entre lo lingüístico y lo no lingüístico.

Su teoría evolutiva del conocimiento no se le ocurre a principios de los setenta. En los elementos esenciales aparece por primera vez en un escrito que se remonta al año 1941 y que se titula *Doctrina de Kant sobre lo apriórico a la luz de la biología actual —Kants Lehre vom Apriorischen im Lichte gegenwärtiger Biologie—*. Ya en este artículo del año 1941 pone de una

manera inequívoca la base de su teoría evolutiva del conocimiento y asume en sus puntos esenciales la filosofía que Popper había elaborado por primera vez en su obra temprana *Lógica de la investigación científica*.

Tras la concepción de Lorenz voy a presentar brevemente también la de Gerhard Vollmer. En un libro publicado el año 1975 intenta iluminar y fundamentar la teoría evolutiva del conocimiento desde el punto de vista de la biología, psicología, lingüística, filosofía y teoría de la ciencia. Su proyecto o propuesta no va mucho más allá de las tesis fundamentales de Lorenz.

Mediante la teoría evolutiva del conocimiento se contestan varias importantes preguntas. ¿De dónde vienen las estructuras subjetivas del conocimiento? Son producto de la evolución. ¿Por qué son iguales en todos los hombres? Porque están genéticamente condicionadas, siendo, por tanto, hereditarias y, al menos como aptitud, innatas. ¿Por qué coinciden con las estructuras del mundo externo? Porque sólo así hemos podido sobrevivir. Acabamos de responder a varias preguntas sobre la teoría del conocimiento con una teoría tomada de la ciencia natural: la teoría biológica de la evolución.

Rupert Riedl se muestra todavía más ambicioso que Lorenz y Vollmer en la pretensión de explicar el conocimiento humano. En su libro *Biología del conocimiento —Biologie der Erkenntnis—*, aparecido el año 1979, afirma que los sistemas vivos se adaptan progresivamente a este mundo hasta el punto de que podemos decir que sacan de él su legalidad —las leyes que los rigen—, que por una investigación biológica del fenómeno «conocimiento» se dejan atrás los límites que resultan infranqueables a su investigación filosófica y que, por esto, el método de la ciencia natural comparada ha de sustituir a la filosofía. La superioridad de las soluciones que ofrece esta teoría evolutiva del conocimiento descansa sobre la base de su verificabilidad empírica.

Perspectiva gnoseológica de Popper y de Albert

Las concepciones de los biólogos del conocimiento, a los que he aludido, han sido influidas esencialmente por el racionalismo crítico, especialmente por la filosofía de Popper. Claro que no falta un influjo en dirección contraria. El mismo Popper lo reconoce expresamente respecto de Lorenz.

¿Cómo concibe Popper el conocimiento humano? Piensa que el hombre es activo, creador en la adquisición de conocimientos. Somos activos en la percepción del mundo externo y en la formación de hipótesis explicativas de los distintos fenómenos percibidos, aunque, con frecuencia, no tengamos conciencia de ello.

No construimos la ciencia por abstracción o generalización a partir de las percepciones sensibles, sino por el ensayo de *anticipaciones* —reacciones intelectuales ante lo percibido que construye o elabora el sujeto cognoscente— asociadas provisionalmente al *material* recibido en la percepción. El método para decidir si esta asociación provisional puede ser conservada o no es

selectivo. Quien no expone continuamente sus pensamientos a la refutación, ése no se compromete en el juego de la ciencia. Fiel a su programa teórico-científico, afirma que la diferencia entre una ameba y Einstein, puesto que ambos proceden según el método «*trial-and-error* —tentativa y error—», está sólo en que la ameba no se equivoca con gusto, mientras que Einstein ha elevado a programa la búsqueda de refutación de sus teorías. El progreso de la ciencia y, hablando más en general, del conocimiento, por tanto, depende de un proceso semejante a lo que Darwin llamó «selección natural». Hay una «selección natural de hipótesis». Nuestra ciencia consta de aquellas hipótesis que han sobrevivido hasta ahora en su lucha por la existencia. Lucha que ha eliminado ya las hipótesis menos firmes.

Como deslindamiento frente a las teorías clásicas del conocimiento de Descartes, Locke, Berkeley, Hume, establece Popper que ocasionalmente se tienen ciertas teorías por verdaderas porque son verdaderas y nuestro aparato espiritual —*unser geistiger Apparat*— está adaptado al nivel de dificultad de nuestro ambiente. Si nuestras acciones y reacciones estuviesen mal adaptadas a nuestro ambiente, no sobreviviríamos. La pregunta acerca de cómo se explica el acuerdo de las condiciones subjetivas de nuestro conocimiento con las condiciones objetivas del ambiente puede reducirse, en consecuencia, a la pregunta *biológica* general acerca de cómo ha de explicarse la adaptación de los organismos vivos a las condiciones objetivas del ambiente.

Pero así no se contesta a la cuestión referente al porqué hay en absoluto adaptación del conocimiento al mundo. Su visión del problema se refleja en estas afirmaciones tomadas de la obra *Lógica de la investigación científica*: «El *apriorismo* de las funciones intelectuales fundamentales se muestra como *apriorismo genético*. Estas funciones fundamentales nos son innatas. Como condiciones de todo conocimiento de la realidad, son previas a todo conocimiento de la realidad. La pregunta acerca de cómo a pesar de ello se ajustan a nuestro ambiente habría que plantearla fundamentalmente en el mismo plano que la pregunta acerca de cómo un pájaro puede tener alas antes de que tenga ocasión de utilizarlas en el aire».

Más tarde, de la mano de la distinción entre conocimiento subjetivo y objetivo, introduce su doctrina de los tres mundos. Con ella intenta limitar la relevancia del aspecto subjetivo para la construcción de una teoría del conocimiento. La concepción subjetivista del conocimiento es inadecuada. En su lugar debe instalarse una teoría del conocimiento donde el sujeto juegue un papel importante, pero muy limitado.

Hans Albert, el más prominente representante alemán del racionalismo crítico, en su obra *Tratado sobre la razón crítica*, sostiene que la conducta humana de solución de problemas depende del contexto sociocultural y vital en que se desarrolla. Quiere esto decir que esa conducta es determinada por el modo en que el ambiente satisface las necesidades humanas. La metodología del conocimiento debe tener una base real, debe acomodarse a los rasgos de la realidad relevantes para ella. Pero su concepción del conocimiento, en la línea

de Popper, no es puramente pasiva. La misma percepción se considera como un proceso de interpretación de signos —*Zeichendeutungsprozess*—. Llega a afirmar que la formación de teorías comienza dentro de la actividad perceptiva, no con el pensamiento articulado en lenguaje o con la codificación lingüística de los sistemas muy desarrollados de afirmaciones.

Presupuestos lingüísticos de mi crítica

Se acepta generalmente entre los teóricos de la ciencia y los filósofos que el lenguaje es la base de todos los sistemas de distinción de unas realidades respecto de otras. Es el único modo de que esos sistemas sirvan para la comunicación entre los individuos humanos. Además se abre paso de una manera progresiva la convicción de que los lenguajes científicos o especializados son metodológicamente dependientes del lenguaje ordinario, en el sentido de que el acuerdo sobre un lenguaje científico sólo puede realizarse por el recurso al lenguaje ordinario.

Debemos distinguir el lenguaje como facultad de hablar respecto del lenguaje usual dado empíricamente. Mientras que el primero no se puede engañar, pues es una capacidad humana fundamental, el segundo sí. Esta diferenciación abre la posibilidad de intentar una concepción *constructiva* que pretende regular los empleos fácticos del lenguaje en favor del éxito de la práctica comunicativa. Concepción que se opondría al fenomenismo lingüístico, que se remonta a Wittgenstein y Austin, y al empirismo lógico, los cuales parten del empleo fáctico del lenguaje ordinario o del lenguaje científico, situándose en un plano exclusivamente descriptivo.

Esa concepción constructiva no puede partir razonablemente ni del lenguaje ordinario previo ni del lenguaje científico previo, si no se quiere renunciar desde el comienzo a la construcción ordenada o metódica que se requiere. Se debe comenzar esta construcción a partir del fundamento. Kamlah y Lorenzen propusieron ya hace tiempo un camino por el que se puede alcanzar este objetivo. Para ello es tan imposible como inútil comenzar en un cuasi punto cero absoluto. Más bien, como hombres que somos, hablamos ya siempre antes de toda ciencia. No hay que pretender, pues, comenzar antes de cualquier lenguaje, sino en medio del lenguaje que ya utilizamos.

¿Cómo se presenta concretamente tal construcción? En sus actuaciones emplean los hombres palabras y frases que han aprendido en una praxis común de dominio de la vida y del mundo. Articulamos y clasificamos las cosas que integran el mundo mediante predicados y nombres propios. Esto significa que, al señalar los objetos del mundo con palabras, obedecemos por una parte a limitaciones previas, pero por otra parte ponemos nosotros mismos limitaciones. No extraña, por tanto, que en una praxis concebida en plan de relación de unos individuos humanos con otros se pueda y se deba siempre *revisar* la adecuabilidad de nuestro lenguaje. Revisión que no será efectuada, como

piensan Lorenz y Popper, por una adaptación de nuestro aparato cognoscitivo a una realidad objetiva que se da previamente y que se presupone existente, sino por hombres que buscan determinados objetivos. Y esto vale tanto para el lenguaje ordinario como para el lenguaje científico.

Crítica de algunas afirmaciones fundamentales

Según estas consideraciones teórico-lingüísticas se pueden justificar varias objeciones contra las concepciones gnoseológicas antes expuestas. Vamos a mostrarlo presentando en resumen y criticando cuatro de las más fundamentales afirmaciones de la teoría evolutiva del conocimiento.

Abordemos la *primera afirmación*. Según la teoría evolutiva del conocimiento se debe presuponer la existencia real de lo que se intenta investigar y alguna conformidad de las estructuras humanas del conocimiento con las estructuras de la realidad objetiva. Es decir, el aparato humano de conocimiento está en relación con un mundo externo real y capta sus estructuras con la fidelidad necesaria para asegurar la supervivencia del hombre.

Por supuesto, admito que los órganos humanos de conocimiento se han originado del mismo modo que los demás órganos en el proceso evolutivo. Nadie, excepto algunos creacionistas, podría querer impugnar esto seriamente. Pero se plantean problemas insolubles cuando se afirma suplementariamente que las estructuras humanas del conocimiento corresponden a las estructuras de la realidad objetiva. Para solucionar esos problemas, debería ponerse en marcha un proceso de comparación del conocimiento con lo conocido —los objetos o hechos del mundo— a fin de ver si puede justificarse una relación de conformidad entre ambos.

En tal comparación, el conocimiento debe presentarse en forma de una declaración —*Aussage*—, es decir, en forma de palabras o frases. Es el único modo de poderlo comparar. El criterio de la conformidad afirmada sólo puede, a su vez, manifestarse como declaración acerca de una declaración —como *metadeclaración*—. ¿Pero de dónde sacamos las palabras o frases en que puedan presentarse los objetos o hechos del mundo en sí mismos, uno de los términos de la comparación que debe aparecer en esa *metadeclaración*? Cualquier afirmación de un realismo teórico-gnoseológico fracasa necesariamente ante esta dificultad.

Hay que añadir otro argumento contra los que afirman que debe ser presupuesta la existencia real de lo que se trata de investigar. Presuponen una acción que sólo puede realizarse lingüísticamente. La existencia de determinados objetos o hechos del mundo o de la verdad debería ya antes ser conocida y formulada lingüísticamente para poderla presuponer.

La *segunda afirmación* se refiere a la percepción. Al percibir un objeto siempre se abstraen ya propiedades que se adhieren a él de manera invariable.

Lorenz, Albert y Popper, cuando defienden esto, pasan completamente por alto que al menos los hombres decidimos siempre sobre las propiedades de los

objetos mediante su empleo. Elijamos un ejemplo de la vida ordinaria. Quien desea enviar una carta deberá comprar sellos dotados de un determinado valor según el peso y la dirección de su envío, pues de lo contrario, no alcanzará su objetivo. Se abstrae de los sellos una propiedad que es esencial para la consecución de lo que se pretende. No se atiende a otras propiedades de los sellos que serían esenciales para un coleccionista. La abstracción de propiedades esenciales de los objetos, en consecuencia, como revela ese ejemplo, no se puede reducir a que determinadas propiedades se adhieran de manera fija a determinados objetos, sino que, más bien, se realiza de acuerdo con los objetivos que distintos hombres persiguen respecto de los mismos objetos.

La *tercera afirmación* concierne al vocabulario teleológico de la teoría evolutiva del conocimiento. Los cambios de conducta se efectuarían siempre «al servicio de» o «con la mirada puesta en» la conservación de la especie. Todos los fenómenos de la vida se distinguen por su aspiración al logro final de situaciones que satisfacen los impulsos o posibilitan la supervivencia.

¿Por qué no se puede renunciar a una utilización teleológica del vocabulario, sin que disminuya la exactitud de las descripciones, en un discurso sobre las *modificaciones de conducta* de organismos no humanos como *reacciones* a los cambios del ambiente? Ciertamente, se puede renunciar al empleo del vocabulario teleológico en declaraciones del tipo de que determinadas especies reaccionaron ante determinadas situaciones de estímulo con determinadas modificaciones de conducta, de lo que se siguió un aumento de las posibilidades de supervivencia de estas especies. La afirmación de que la modificación de la conducta de un organismo ha proporcionado una ventaja en el proceso evolutivo por selección natural se puede verificar acudiendo, por tanto, a la observación de los hechos. El vocabulario teleológico debiera reservarse para el discurso sobre las acciones humanas.

Llegamos, por fin, a la *cuarta afirmación*. Atañe a la no distinción entre lo lingüístico y lo no lingüístico. Los representantes de la teoría evolutiva del conocimiento piensan en primer lugar que el hecho de que los organismos reaccionan con distintos tipos de conducta a distintos estímulos del ambiente requiere una descripción del modo como los organismos perciben y conocen estas diferencias. En segundo lugar opinan, debido a que establecen una fundamental identidad de todos los procesos de experiencia con los procesos fisiológicos, que los mismos productos superiores del conocimiento humano se han de explicar del mismo modo que la conducta reactiva de los organismos no humanos. Lo cual significa que existe una continuidad entre la capacidad de conocer de los organismos no humanos y el conocimiento humano.

Respecto a lo primero, debemos advertir que su necesidad no es comprensible. ¿Por qué el hecho de que los organismos reaccionan de modo distinto a los distintos estímulos hace necesaria la afirmación de que el organismo «percibe» y «conoce» estas diferencias? Lo más que se puede afirmar es que un organismo puede distinguir mediante su conducta dos situaciones distintas. Y tal afirmación se puede confirmar o refutar mediante la

verificación empírica. Verificación que sólo puede darse en la observación de la conducta de los respectivos organismos bajo condiciones metódicamente cambiadas. Los organismos no humanos sólo pueden hacer ver sus «conocimientos» y «percepciones» y otras realidades cognoscitivas, de las que hablan los biólogos del conocimiento, mediante los cambios de conducta.

Deberíamos reservar exclusivamente para la esfera del conocimiento humano las palabras «abstraer», «interpretar», «percibir», «anunciar», «contestar», «controlar» y otras muchas que figuran en la teoría evolutiva del conocimiento y que implican productos humanos del conocimiento. De otro modo, prejuzgaríamos ya terminológicamente una continuidad entre las modificaciones reactivas de conducta de los organismos no humanos y el conocimiento humano.

Nos encontramos aquí con la más grave carencia de la teoría evolutiva del conocimiento: la no consideración de la distinción entre lo lingüístico y lo no lingüístico. No se ve el significado decisivo del lenguaje para el conocimiento humano. De los productos superiores del conocimiento humano sólo se puede hablar con fundamento como de realidades mediadas por el lenguaje. No basta con hablar meramente de modificaciones reactivas de conducta como sucede en los organismos no humanos.

El discurso sobre la capacidad de conocimiento de los organismos no humanos fracasa porque las palabras empleadas por los biólogos del conocimiento para describirla no se pueden introducir sin que recurramos previamente al conocimiento humano. Quizá pudiéramos alcanzar algún éxito en este discurso partiendo del conocimiento humano mediado por el lenguaje y terminando con el conocimiento animal. Pero si, procediendo de este modo, recurrimos a palabras sobre el conocimiento humano para la formación de frases sobre la capacidad cognoscitiva de los organismos no humanos, en ese mismo momento ha fracasado todo el planteamiento evolutivo de la teoría del conocimiento. ¿Por qué? La razón es clara. Se debe presuponer para fundamentar esta explicación aquello que había de explicarse en último término: la capacidad humana de conocimiento.

Conclusión

Creo que los autores de la teoría evolutiva del conocimiento no logran fundamentarla sólidamente. Ni la concepción de Popper o de Albert, ni las de Lorenz, Vollmer y Riedl consiguen explicar la capacidad humana de conocimiento o contribuir algo a tal explicación. Podemos, por tanto, concluir que han fracasado en la realización de sus pretensiones.

Título original: *Sprachkritische Bemerkungen zur evolutionären Erkenntnistheorie.*

Revista: *Zeitschrift für Allgemeine Wissenschaftstheorie*, 15 (1984) 92-120. FRANZ STEINER VERLAG GmbH, 62 Wiesbaden Postfach 472, Alemania Federal.

Resumió: ILDEFONSO MURILLO.